

vincias de Ultramar (1823), que busca para Cuba una forma de autonomía bajo España y, sobre todo, sus artículos del exilio publicados en *El Habanero* (1824-1825), en los cuales se manifiesta ya como separatista. Dentro de lo estrictamente literario, el sentimiento de la independencia aparece con patriótica pasión en los versos del *Himno del desterrado*, compuestos por José María Heredia en 1825 cuando, al viajar de New York a México, divisa en el horizonte la altura del Pan de Matanzas.²⁰

Es incuestionable que estos textos constituyen muestras tempranas de lo Cubano en el medio del periodismo político y la literatura. Pero, como sucede siempre con los «orígenes», su legitimidad no resultó clara en su momento. Somos nosotros quienes la hemos reivindicado a través del discurso de la Nacionalidad propio del siglo XX. Hay que tener presente que estos textos, por haber sido escritos y publicados fuera de Cuba, no tuvieron un gran impacto en la opinión pública de la isla; sus autores no sólo se hallaban en el exilio, sino que estaban «muertos» legalmente, pues tanto Varela como Heredia habían sido sentenciados en ausencia a la pena capital. Además, el separatismo de ambos era de corte pesimista, más bien era una cuestión de principio; uno y otro, por distintos caminos, se encargaron de apagar o diferir el fuego independetista que años atrás ellos mismos habían levantado.²¹

Ciertamente, debido al fracaso de las conspiraciones y a la bonanza económica, la idea de la independencia era casi impensable en La Habana de la década de 1830. Beneficiada primero por el tabaco y después por el azúcar y el café, la ciudad era uno de los puertos más activos de América. Visitada ya por el turismo internacional, consumía hielo importado de Estados Unidos, cerveza inglesa, óperas de Italia y modas de París. Las especulaciones, los pleitos, el juego y el derroche, hacían y deshacían fortunas de la noche a la mañana. Muy distintas eran las cosas en las nuevas naciones de América Latina, empobrecidas hasta la miseria y desgarradas por la anarquía política. En España los asuntos no iban mejor. Tras el reinado funesto de Fernando VII, el país se hallaba en una crisis general que iba desde la ruina económica hasta la guerra civil. Al tener a la vista lo que ocurría en el mundo hispánico, no era fácil para el habanero blanco y racista darle calor a la idea de una independencia que sólo podía obtenerse liberando a los esclavos y que lo único que parecía garantizar era un desastre en toda la línea.

No obstante, había un grupo de habaneros relacionados con Varela y Heredia a quienes inquietaba el número creciente de esclavos. Veían varias razones para ello. En primer lugar, podía ocurrir una rebelión masiva imposible de reprimir, en cuyo caso Cuba correría la suerte de Saint Domingue; o bien, en presencia de la insurrección, podía caer en manos de los esclavistas norteamericanos o de los abolicionistas ingleses, convirtiéndose en un estado sureño más de la Unión o en una república africanizada bajo el con-

²⁰ Habría que incluir poemas anteriores como «La Estrella de Cuba» y «A Emilia».

²¹ Véase, por ejemplo, la conocida carta de Heredia a Tacón: «Es verdad que ha doce años, la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos (...) Pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años han modificado mucho mis opiniones, y vería como un crimen cualquier tentativa para trasplantar a la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano». Cita tomada de Juan Pérez de la Riva, ed., *Correspondencia reservada del Capitán General Don Miguel Tacón (La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1963)*, p. 32.

trol de Inglaterra. En el mejor de los casos, aun cuando tal rebelión no acaeciera, el sostenido aumento del número de esclavos impediría que Cuba alcanzara el nivel técnico y la prosperidad industrial a que habían llegado ciertas naciones de Europa y el nordeste de Estados Unidos. De esta suerte, la isla, en la medida que incrementaba su población esclava, limitaba un destino que a Arango y Parreño les había parecido plausible: hacer de Cuba la Albión del Caribe.

Aunque generalmente con esto se da por explicada la inquietud de este grupo, pienso que su conflicto era más complejo. Creo que hacia esa época La Habana ilustrada cobró conciencia de su adición a la esclavitud; es decir, percibió su deseo de poseer esclavos como algo prohibido, digamos, una aberración sexual cuya larga práctica ya la hacía imprescindible a la vez que imperdonable.²² La sacarocracia había logrado alejar la Iglesia del ingenio, y éste quedaba fuera de los límites del pecado. Pero, al entrar el siglo XIX, un viento imprevisto comenzó a soplar desde Europa. Por una parte el discurso romántico exhibía lo pintoresco, las costumbres locales, las pasiones del «buen salvaje» y las desigualdades sociales; por la otra, una fiebre de adecentamiento burgués entraba en el mundo con la era victoriana. Hoy sabemos que se trataba de exigencias del capitalismo industrial, pero entonces no se hablaba de tal cosa, sino de deberes morales, cívicos y religiosos que el mundo civilizado debía ejercer para sí y para otros, y claro, uno de esos deberes era erradicar la esclavitud, residuo y resabio de los dudosos tiempos mercantilistas.

Atrapada en esta coyuntura, la sacarocracia, demasiado reblandecida ya para liberar a sus esclavos, hacer la guerra a España y ascender al plano de burguesía nacional, busca refugio en el pasado; luce sus condecoraciones y títulos comprados a la Corona, y celebra banquetes y saraos de proporciones imperiales; su mirada se vuelve apocalíptica —*después de mí, el diluvio*—, como les suele ocurrir a las clases que ruedan en decadencia.²³ De la iniciativa que la caracterizó en los años del *Discurso* de Arango, cae en manos de los préstamos usureros de los comerciantes y negreros españoles y ve con asombro y temor cómo su ruina se construye en un futuro cercano. Llega al punto en que produce azúcar para comprar esclavos, y el poder que genera el ingenio es apropiado cada vez más y más por gente como Julián de Zulueta. En menos de dos generaciones su optimismo y su pujanza económica se han transformado en deudas, en hipotecas, en trasposos de propiedades, y sólo le queda chapalear dos o tres décadas en un cenagoso pesimismo.

El grupo ilustrado de La Habana, sin embargo, veía las cosas de un modo un tanto menos pesimista. Las ideas de la Revolución Norteamericana, de la Revolución Francesa, de la Revolución Latinoamericana y, sobre todo, de la Revolución Industrial, los empujaban al inconformismo político, económico y social. Pero, claro, estaba el problema de los esclavos y de los negros libres. ¿Quién garantizaba que al abolirse la esclavi-

²² Sobre el tema del deseo sexual de que era objeto la carne de las esclavas, véase sobre todo, Gilberto Freyre, *Casa-grande & senzala* (Río de Janeiro, Schidt, 1936).

²³ Sobre el derroche y la decadencia moral de la sacarocracia, no he visto mejor descripción que la que hace Fanny Calderón de la Barca en los capítulos dedicados a La Habana de su *Life in Mexico*. De las numerosas ediciones, ver la de Howard T. Fisher, Marion Hall Fisher (New York: Doubleday, 1966). Es la única que reproduce las cartas de Fanny tal cual fueron escritas.

tud de golpe ambos grupos no se unieran y le hicieran la guerra a los blancos? En todo caso, sabiendo que su racismo tenía mucho de exorcismo, estos hombres empezaron a pensarse como *cubanos*. Para ellos Cuba no debía de ser una de las tantas islas-plantaciones del Caribe, donde nueve de cada diez habitantes eran negros desarraigados y violentados por la esclavitud; Cuba merecía otra suerte porque desde el comienzo había surgido como una *patria*. Ciertamente carecía de las fuerzas para gobernarse por sí sola, pero esto se conseguiría con el tiempo a través de un extenso programa de educación y de un plan que eliminara gradualmente la esclavitud. Por el momento lo más urgente era evitar que siguieran entrando negros al país; era imperativo lograr el cumplimiento de los acuerdos para suprimir la Trata. Los ingenios y los cañaverales no sufrirían de escasez de brazos, pues los esclavos que murieran serían reemplazados por colonos blancos traídos de Canarias, de Baleares, incluso de Irlanda con tal que fueran católicos; se casarían con negras y Cuba se blanquearía paulatinamente gracias a una política de continuos mestizajes. El ingenio saldría ganando a la larga, pues era sabido que el trabajador libre constituía en sí mismo una fuente de riqueza; además, los rendimientos agrícolas aumentarían y los costos bajarían, ya que se les pagaría en azúcar del ingenio para el cual trabajarían. Tal era, en resumen, la solución que ofrecían los habaneros ilustrados para mejorar la situación de Cuba en las próximas décadas.

Con respecto al momento preciso en que esta política reformista se incorpora al discurso de resistencia de la literatura cubana, pienso que es posible tomar como eje los números de *El Mensajero Semanal* [sic], periódico fundado por Félix Varela y José Antonio Saco en New York, y cuya publicación ocurre entre agosto de 1828 y enero de 1831. El contenido de este periódico puede verse como un puente entre los artículos jacobinos de *El Habanero* —fundado por Varela y muestra temprana e ingenua de lo Cubano— y el reformismo consecuente y programático de la *Revista Bimestre Cubana*, que habría de dirigir Saco en 1832. De los textos diversos publicados en *El Mensajero Semanal*, tiene especial interés la polémica de Saco con el intelectual español Ramón de la Sagra, director del Jardín Botánico de La Habana, a propósito de la calidad poética de José María Heredia. Conducida a lo largo de 1829, pienso que constituye la primera serie de textos donde se manifiestan los dos polos de la literatura cubana, o si se prefiere, los límites extremos que demarcan el espacio de su discurso. Tal vez pueda asegurarse que esta polémica entre la *Cuba Pequeña* y la *Cuba Grande* en el ámbito de la literatura, inicia ya, con todas sus contradicciones desplegadas en regla, el discurso literario cubano *propriadamente dicho*.²⁴

En todo caso, no hay duda de que en 1832, cuando el grupo de habaneros ilustrados captura en el seno de la Comisión de Literatura de la Sociedad Patriótica la dirección de la *Revista Bimestre Cubana*, es posible afirmar que el discurso literario cubano, tal cual existe hoy, ha quedado completamente implementado. Los miembros más notables del grupo inicial son Saco, Luz y Caballero, del Monte y, en cierta medida, el anciano Arango, quien en la década de 1820 había abandonado las filas más reaccionarias de la sacarocracia para pasarse con prudencia a las de los reformistas, con lo cual amplió

²⁴ La polémica fue incluida por Saco en su Colección de papeles científicos, históricos, políticos y otros ramos sobre la isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos (Paris: D'Aubusson, 1859), III, pp. 219-230.